

Capítulo 1

Sentados a la mesa en el siglo XXI

Nilton Bonder

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

BONDER, N. Sentados a la mesa en el siglo XXI. In: BONDER, N., and SORJ, B. *Judaísmo para el siglo XXI: el rabino y el sociólogo* [online]. rev. and enl. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2008. pp. 6-17. ISBN: 978-85-9966-230-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

Capítulo 1 - Sentados a la mesa en el siglo XXI

Nilton Bonder

La familia como metáfora del judaísmo

Para pensar el judaísmo en el siglo XXI no podemos obviar la noción de familia. La complejidad del judaísmo está en ser un poco de todo lo que no es: no es religión, no es filosofía, no es cultura, no es etnia, no es Estado y no es territorio. Es todo ello al mismo tiempo. Mordejai Kaplan intentó expresar esto diciendo que somos una civilización. Mientras tanto, la definición, para los estatutos o para la memoria popular, es que somos una familia.

Los estatutos son claros. Somos una familia porque nacimos de la ruptura de una familia en búsqueda de la creación de otra. Para el psicoanálisis, esta es la definición de la identidad. Rompemos para generar independencia, individualización y personalidad. El Génesis es claro: mínimas menciones a la física, la biología, la evolución y aspectos de nuestra especie que no ocupan más que el 15% del texto. El 95% restante versa sobre la familia. ¿Cómo salir de casa? ¿Cómo encontrar la mujer adecuada? Si pensamos tener hijos, ¿cómo educarlos? ¿Cómo no sacrificarlos? ¿Cómo tratarlos de la misma manera? ¿Cómo arreglárselas con los celos? ¿Cómo pensar en continuidad? ¿Cómo, por encima de todo, hacerlos iguales a nosotros y, al mismo tiempo, diferentes?

En el corazón de la familia se encuentran su drama, su tragedia, su punto culminante y su comedia, según el gusto del cliente. Familia se refiere a cómo ser igual y cómo ser diferente. Cómo honrar al padre y a la madre y cómo honrarse a sí mismo. El primero es un mandamiento; el segundo, la ley fundamental de la supervivencia. El final feliz tiene lugar cuando los padres alcanzan la madurez que les permite entender que son mejor honrados cuando los hijos se honran a sí mismos; y cuando los hijos comprenden que honrarse a sí mismos incluye honrar al padre y la madre. Pero este es el final feliz, la utopía, el modelo, o el fin (que, dicho sea de paso, es siempre menos importante que el proceso).

La descripción bíblica de ser judío implica estar en familia, hacerse cargo de sus tensiones, promover la continuidad y procrear; un proyecto perfecto: igual a nosotros y diferente. En esta sociedad se envidia a aquel que tiene un hijo médico. Un hijo médico significa la perfección. Es el hijo que nos ama (nuestra comida, nuestra casa, nuestros hábitos...) y, al mismo tiempo, es diferente: no heredará la "tiendita" (a pesar de que muchas veces su sustento depende de aquella), ¡va a ser doctor! El doctor cuidó de sí; es respetado porque cuida de los otros, pero su esencia es poder cuidar de los padres.

No es aventurado decir que la Torá registra la creación del primer judío por el exitoso registro

del ciclo de la familia. ¿Y cuál es este ciclo? El de traducir a la realidad el sueño de producir un igual-diferente. Sueño este que no sucede en la primera generación sino en la segunda. Ningún padre o madre que tiene éxito consigue un igual-diferente. Cuando han logrado éxito consiguen un diferente. La "obra maestra" solamente la conocen el *zeide* y la *bobe* (abuelo y abuela en idish). Esta es la historia bíblica de la creación del primer judío. Este judío obviamente no es Abraham, sino Jacob. No sólo porque Jacob es quien recibe el nombre de Israel (que no es un nombre sino un título) y en él se cumple la promesa de una prole numerosa (12 hijos/tribus), sino porque ese es el meollo del libro del Génesis. Ha sido creado el primer judío. El primer nieto que venera al abuelo Abraham, con quien se entiende como nunca se entendieron Abraham e Isaac, o Isaac y Jacob porque eran –afortunadamente diferentes. Pero el *zeide* Abraham es un igual. Mejor aun, Jacob permanece en la familia, no como Abraham que tuvo que dejar su familia para crear una identidad. *El secreto está en salir de la casa de los padres e ingresar en la casa de los abuelos.* Está en venerar al abuelo trasgresor que rompió con los lazos familiares (y por lo tanto con una casa que no lo pudo o albergar) y experimentar con él la deliciosa sensación de hogar, de no-exilio, que en la casa de los padres no podemos sentir.

Por lo tanto, "quién es judío, bíblicamente hablando? Todo aquel que tiene un nieto judío. En verdad quien le da identidad judía a sus abuelos es el nieto. De ahí la angustia asociada al deseo de que el judaísmo no acabe ya que no está en nuestras manos de individuos el hacernos judíos sino en las manos de nuestros nietos. Es impresionante el sentimiento de fracaso e impotencia que experimentan los abuelos cuyos nietos no son judíos. La tristeza de ese sentimiento muchas veces impulsa a los nietos a ser judíos, no tanto para sí sino para preservar el judaísmo de los abuelos. Es una dinámica de supervivencia que entrelaza generaciones en la realización de un proyecto que el individuo por sí solo no es capaz de hacer. La angustia de muchos abuelos y padres que planean ser abuelos puede expresarse de este modo: "Yo no puedo concretar mi proyecto de ser judío si no cuento contigo, hijo". Y, al no lograrlo, los niveles de frustración pueden ser altísimos.

Pero los estatutos por sí solos, la Torá (el Pentateuco) por sí sola, y el mito por sí solo, no alcanzan para comprobar ese punto. Es necesaria la comprobación final de cualquier mito, es decir, como un cuento. Como aquel chiste de un *goy* (alguien externo a la familia) que pregunta qué es *mishpuje* (familia, en idish). Responde el judío: "¿Usted sabe lo que es *tsures* (desgracia, tragedias)?". El no judío responde negativamente y el judío remata: "Entonces, usted no puede entender lo que es *mishpuje*".

Sin entender lo que es "desgracia" no podemos entender lo que es "familia". Pero, ¿qué es "desgracia"? Es aquello que se refiere a lo que es prioritario y vital. A la supervivencia en su sentido más trascendente, que no tiene que ver con el individuo sino con su continuidad. Esta iden-

idad posee, por lo tanto, características místicas. No se trata de la inmortalidad del alma sino de la inmortalidad de la identidad. La permanencia no de aquello que inexorablemente se va sino de una visión del mundo, de la obra, de cada uno. ¡Nuestra obra prima es un nieto!

Crisis

No es de sorprender que, en una época de tantos desafíos a la familia, el judaísmo esté también muy amenazado. Por un lado, está la familia en el sentido biológico que enfrenta transformaciones muy importantes. La nueva *mitzvá* universal: "creced poco y, por favor, no os multipliquéis", transformó a la familia en núcleos pequeños. La entrada de la mujer en el mercado de trabajo está redefiniendo las relaciones intrafamiliares. Hay familias con niñeras, otras con guardería infantil, otras con padre que es madre, otras con abuela que es madre. La volatilidad del casamiento amplió el núcleo de la familia original. La "madre de mi hermano" y la "mujer de mi padre" son expresiones comunes en el lenguaje familiar.

Hay cuestiones más profundas, que se refieren a los límites de la familia. Vivimos en una época en la que vemos una tendencia a cambiar una "identidad encontrada" por una "identidad hecha". Por ello, en lugar de ser la expresión de una cultura específica, construimos nuestra identidad a partir de varias culturas. ¿Cuál es nuestra familia? ¿La patria brasileña, nuestro grupo de meditación, la izquierda o el ser judío? No se trata de elegir; todo ello conforma a la familia. Pero esa familia no tiene una metanarrativa. La metanarrativa es una historia de proporciones místicas, suficientemente amplia y dotada de sentido como para reunir la filosofía, la política y el arte y vincularlos entre sí por medio de un sentido único de dirección.

Puedo advertir una característica de nuestros tiempos por el hecho de tener más afinidad con algunos curas y pastores que con ciertos rabinos. Pero que no se interprete como una ironía. Esa proximidad nada tiene que ver con el hecho de que yo formo parte de una corriente liberal del judaísmo. También es sincera y verdadera la afinidad entre rabinos ortodoxos y algunos curas y pastores.

Esa transformación en la metanarrativa es la principal causa de alejamiento. El alejamiento y el casamiento mixto sólo podrán evitarse si estamos dispuestos a renunciar al sentido de nacionalidad, a nuestra fidelidad a grupos de intereses afines y, también, a nuestra identidad política. Es solamente eso lo que nos demanda un compromiso inequívoco con el judaísmo. Pero pocos querrán pagar ese precio.

No quiero decir con esto que ser judío signifique renunciar a aquellas otras fidelidades e identidades. Pero, para lograrlo, ser judío implica ciertas adaptaciones; algunas de ellas contempladas por la propia dinámica de la tradición, que siempre aceptó una cierta adaptación al

mundo externo al igual que recursos de transformación más drásticos para los cuales existen también antecedentes en el transcurso de la historia.

Me quedé impresionado por el impacto que provocó un "gráfico de asimilación" distribuido por la corriente ortodoxa. Me refiero a los gráficos que muestran los pronósticos para cada corriente del judaísmo después de la primera y segunda generación. Cuando en un extremo aparece la población ortodoxa estable o en vías de crecimiento, los demás grupos se reducen. El otro extremo, la Reforma, aparece como una "especie" prácticamente en extinción.

Las personas creen que al afiliarse a una sinagoga ortodoxa entran automáticamente a ese "nuevo índice de bajo riesgo". ¡No! Lo que los gráficos demuestran es que aquellos que se segregan tienen más posibilidades de mantenerse y ser diferentes. Es un dato obvio y superficial. No es un beneficio sin costos, y a la gran mayoría de los judíos no le gustaría formar parte de ese grupo sobreviviente, si para ello tienen que compartir esa visión del mundo que los preserva.

Quisiera analizar una cuestión particular de esta compleja trama de desafíos a la familia e, indirectamente, al judaísmo. No se trata de la supervivencia del nieto que se descubre igual al abuelo y cierra el ciclo de la continuidad y la identidad de este sino del hijo/a, es decir, un diferente en crisis.

No creo que el problema más grave del siglo XXI sea la ruptura del ciclo por los nietos, sino por los hijos. La crisis más seria no está causada por los iguales sino por los diferentes. Incluso, porque hasta vemos un renacimiento en lo que respecta a los nietos. Ellos constituyen el fenómeno de los jóvenes que hacen *teshuvá*, que retomaron desesperadamente en busca del hogar de los abuelos huyendo del exilio en la casa de los padres. La crisis mayor es la de la ausencia de referencia de los diferentes. A continuación, voy a explicar este punto.

Sentados a la mesa

Desde el *tikun* (reparación, en hebreo) de Jacob, que retoma a la casa de su abuelo y, por lo tanto, no depende de romper con su cultura y sus raíces originales para encontrar su lugar en el mundo, estamos frente al mismo cliché: no podemos dejar de estar sentados a la misma mesa. Por muy distinta que sea nuestra visión del mundo, por muy particular que sea la tierra prometida de cada uno de nosotros, debemos sentarnos juntos a la misma mesa. Ese es el mensaje trascendente de la *Hagadá* de Pesaj (texto leído durante la cena) a través de los cuatro hijos que se sientan a la mesa. Es, en verdad, el pacto original que Dios hace con Abraham: "tú, que abandonaste tu tierra, tu cultura y tu familia, tendrás una prole numerosa como las estrellas del cielo, y ellos no harán contigo lo que hiciste con tus ancestros; serán diferentes y osados, mas no tendrán que abandonar su pasado ni su herencia".

Los cuatro hijos distintos sentados a la mesa de Pesaj son cuatro figuras míticas fundamentales. Pero además de estar sentados juntos, ellos tienen una función, la de preguntar. Quien pregunta, cuestiona. Su calificación de hijos en el judaísmo reside en asumir esa postura de cuestionadores. Esta es, finalmente, la generación de los diferentes. No son los nietos que cuestionan. Cuando eso ocurre, no hay mesa. ¡Sólo los hijos pueden cuestionar y seguir sentados a la mesa! Lo mismo sucede cuando el padre llama a sus hijos a su lecho de muerte para exigirles una única fidelidad: que nunca dejen de hablar uno con el otro. Sentarse a la mesa es el pacto. Sobre la mesa están la historia, las creencias, las utopías y las discordias. Es hora, antes de devorarlas, de cuestionarlas.

¿Y quiénes son estos hijos?

El jajam, el educado que sabe cuestionar a partir del lenguaje y los vericuetos de la tradición; el *tam*, el puro que mira la mesa, no por lo que está servido, sino por las relaciones entre los que están sentados en torno a ella y preguntan sobre la mesa por la perspectiva de las sillas ocupadas; el *sheló iodea lishol*, aquel que no comprende el lenguaje de la tradición y cuya pregunta crucial es "¿cómo preguntar sobre esta mesa?"; y, por último, el *rasha*, el provocador que cuestiona como si estuviera afuera de la mesa, formulando preguntas que sacuden sus estructuras.

Esos personajes podrían ser vistos como la propia caricatura de sus exageraciones, tan presentes en la gama de personajes judíos. El *jajam* que sabe preguntar puede transformarse en el *nudnik*, el pedante; los puros o ingenuos, *tam*, pueden ser los hijos *shlimazels* y *shlemils*, los pobrecitos y los que-casi-tuvieron-éxito; los que no saben preguntar se transformarían en *shmendriks* y *shmeguegues*, los incultos y los confusos; mientras que los provocadores, se *tornarían jutspeniks*, los atrevidos y ofensivos. Este es, tal vez, el precio que se paga por las intensas relaciones familiares que fijan los roles de sus hijos, asignándoles un único lugar a la mesa. Sus patologías son, al mismo tiempo, fuente de sufrimiento y riqueza cultural. Pero esta es otra cuestión.

Quisiera analizar la fuerza de los hijos en los últimos 150 años - en mi opinión, uno de los períodos más vibrantes del judaísmo de todos los tiempos-. Apenas un elemento más, para que podamos tener el pleno usufructo de la riqueza simbólica; la división en cuatro dimensiones es propia de la trama del código simbólico de los rabinos (véase más adelante). Así como el mundo está compuesto de tierra, agua, fuego y aire, el ser humano está compuesto de lo físico, lo emocional, lo intelectual y lo espiritual.

¿Quiénes fueron, entonces, los hijos que nos cuestionaron y que se sentaron a la mesa en los últimos 150 años argumentando sobre el pasado?

En primer lugar, el hijo representado por el sionismo y que expresa la dimensión física es el *jajam*. Los sionistas cuestionaban la pasividad de la civilización judía que descuidaba las cuestiones

básicas de supervivencia del cuerpo. ¿Cómo podemos defendernos? ¿Cómo podemos organizarnos de manera independiente y soberana? ¿Cómo dejar de ser un pueblo que mendiga ciudadanía? Sus preguntas, difíciles para los padres de entonces, rescataban el verdadero sentido simbólico de la noche del Seder como un marco de resistencia al dominio romano del inicio de la era común. Sus preguntas eran "eruditas" porque percibían la realidad de forma concreta - como si el relato de la salida de Egipto implicara la liberación de Israel de la invasión romana y el retomo de los judíos a una patria soberana judía-.

En segundo lugar, aparece la dimensión emocional. El *tam*, el ingenuo o el afectivo, quiere saber quién está sentado a la mesa, qué relaciones familiares nos colocan hoy uno frente al otro en esta mesa específica.

La propuesta de este hijo, en los últimos 150 años, fue el psicoanálisis. No sólo porque su fundador era de origen judío y porque él se hizo cargo de cuestiones marcadas por la perspectiva de esa cultura sino, principalmente, porque ganó el corazón y el alma del 25% de los judíos. Ser judío, para la cuarta parte de los hijos, revistió-la forma de estas preguntas y de aquella perspectiva. El terapeuta que es rabino, la religión que es la estructura y el sentido comunitario de esta clase, tanto como el mesianismo presente en la expectativa de producir un nuevo ser humano son aspectos *tam* del ser judío en el último siglo y medio. Sus preguntas no sólo cuestionan sino que proponen identidad.

En tercer lugar, en la esfera intelectual, surgió el hijo que no sabía hacer preguntas dentro de la tradición. En estos últimos 150 años, esta silla ha sido ocupada por el judío académico y científico. Ya se trate de la figura de Einstein o de la inmensa proporción de graduados, doctorados y premios Nobel, la identidad de una parte de los judíos está representada por esa expresión. El pueblo del Libro, el pueblo del estudio y de la interpretación, no solamente lograba ayudar a clasificar el universo, sino a crear criterios para ese fin. Sabía estudiar pero, como lo demuestra Einstein, sabía también interpretar. Esto significa que sabía mirar tanto de afuera hacia adentro como de adentro hacia afuera. Para aquellos judíos, formar parte de las universidades y del mundo académico representó una forma real de identidad judía, les daba el derecho a sentarse a la mesa, aunque no supiesen muy bien qué preguntar. Sus mentes estaban vueltas hacia más allá de la mesa, pero su fuerza y vitalidad provenían de estar sentados en torno a ella.

En cuarto lugar, en la esfera espiritual, tenemos una revelación. El mal hijo, el *rasha*, el provocador, aquel que se ubica como si estuviera a punto de levantarse de la mesa, es el gran promotor de preguntas espirituales. Al contrario de lo que parecería -que el hijo sabio que sabe hacer preguntas es el gran instigador de preguntas espirituales- dicho papel le cabe al provocador. ¿Y quién fue este hijo en los últimos 150 años? Fue la izquierda a través del socialismo y del

comunismo. No se trata sólo de tomar en cuenta a Marx por su ascendencia judía o por la figura profética y mesiánica que él representó en el imaginario de sus contemporáneos, sino por la inequívoca adhesión masiva de los judíos a sus propuestas. Los hijos hacían preguntas que sacudían la estructura de la mesa y una importante parte de ellos -el 25%- tomó partido por el *rasha*. Para estos hijos la identidad judía se procesaba haciendo preguntas desde esa silla. Su espiritualidad residía en querer santificar el ser humano, fuera quien fuese. Santificarlo por la valorización del derecho y no en mérito de cualquier ordeno

¡Qué buena mesa! ¡Qué preguntas se les formulaban a los padres!

Eran diferentes, verdaderos hijos. Y ninguno se levantó de la mesa.

Y por increíble que parezca, la mesa, con todas las incomodidades pertinentes a esa diversidad, acogió a sus hijos. De esa relación surgieron los nietos de hoy que llenan sinagogas y rescatan su retorno a la casa de los abuelos. Me parece que la lección es que, efectivamente, valió la pena convivir con la diferencia. Valió la pena estar sentado alrededor de mesas con hijos tan extraños, con preguntas aparentemente tan ajenas a una buena mesa de Seder.

Esta es la crisis de hoy. El sionismo cumplió su rol y desaparece como una propuesta que cuestiona a la mesa. El psicoanálisis se disuelve como parte de nuestra cultura abarcadora. La academia pierde fuerza en un mundo que no se percibe como iluminista y para el cual el pensamiento y la eficacia se confunden. El socialismo, a su vez, no es más una identidad sino un aspecto del pragmatismo reinante en nuestro siglo.

Nuestras mesas están repletas de nietos. Son ellos los que cantan el *ma nishtana* (el ¿qué mudó?, fragmento de la *Hagadá* de Pesaj). Los hijos no saben cantar. Los hijos no saben preguntar porque son diferentes. Una inmovilidad reaccionaria se apodera de nuestras mesas y ellas no generan la savia de nuestra continuidad, es decir, los cuestionamientos.

Esta es la gran crisis del judaísmo en nuestro siglo XXI. - ¿Cuáles serán las formas de ser diferente en este, nuestro tiempo? ¿Y si fuéramos diferentes, traeríamos nuestros cuestionamientos a la mesa?- ¿Será que el concepto de mesa hoy dispone de suficiente tolerancia para que todos se sienten juntos?

No logramos tener hijos dentro de la tradición judía, no importa el estilo. Y quien no lo logra no forma parte del pacto. Pacto creado para que Abraham tenga hijos. Es verdad que no es fácil para Abraham tener hijos en este sentido. El mismo los expulsa como hizo con Ismael y como estuvo a punto de hacer con Isaac, al llevarlo al sacrificio. Tal vez actuó así por la ansiedad de saber que sus hijos, para ser verdaderos hijos, tendrían que ser diferentes de él y, también, por no creer que lo serían de permanecer a su lado. Sus dos objetivos de amor -un diferente y una continuidad- sólo podrían fundirse entre sí en un proceso que él todavía no conocía y que haría de su nieto un igual,

un Israel.

Con sus limitaciones y sufrimientos Abraham realizó una labor y un arte que a nosotros también nos gustaría realizar. No se trata de las figuras de los gráficos de "evolución de la continuidad" presentados por la ortodoxia. Aquella pirámide de iguales, cuantitativamente eficaz, es doblemente curiosa: no produce judíos y es tan absurdamente posmoderna que el triunfo queda a cargo del resultado y de la eficacia y no de la calidad.

Me parece que el secreto es reforzar los fundamentos de la mesa. El primero es que queramos estar sentados a la misma mesa por más que las preguntas sean insoportablemente desestructurantes. El segundo es la confianza de los hijos, y sobre todo de aquellos que tienen buenas preguntas, que sean respetados no importa cuán diferentes sean y qué silla elijan. El tercer fundamento es el regocijo del nieto que ve a los padres y abuelos juntos en una misma mesa. Juntos, ellos son raíces y desafíos, pasado y futuro. Juntos, ellos celebran una utopía de trascendencia.

Ser judío en el siglo XXI

Hace 200 años, Reb Bunem advirtió: "Antes de la llegada del Mesías, existirán rabinos sin Torá, jasídicos sin jasidismo, ricos sin riquezas, veranos sin calor, inviernos sin frío y granos sin granos". ¿Podría estar refiriéndose a rabinos reformistas inspirados más en la filosofía que en la Torá; a los movimientos jasídicos que no son sino expresión del fundamentalismo; a la ausencia de riquezas en los ricos de la economía virtual; a las transformaciones climáticas que traerán veranos helados e inviernos infernales o, incluso, a los granos transgénicos: que no son granos?

Ya se trate de la era mesiánica, de la era de Acuario o de un nuevo milenio, aquellos que están dotados de sensibilidad saben que estamos ante un período de grandes transformaciones. Se están extinguiendo conceptos, formas e identidades que darán lugar a otros. El judaísmo es, sin duda, uno de los pocos sobrevivientes jurásicos de la última gran ola de choques entre las civilizaciones que sacudió la cultura hace unos 2000 o 2500 años. En la marcha hacia una nueva era surgieron Confucio, los pensadores griegos, Buda, Jesús y los rabinos. Estos últimos, diferentes de los demás, no iniciaron ni rompieron con nada. Su reforma, su *januká* (reinauguración), recreó un judaísmo que había hecho implosión con el mundo de la Antigüedad. Las identidades no resistieron. Los persas, los griegos, los egipcios, los asirios y otros tantos quedaron en la memoria. Sin embargo, ninguno permaneció como *am jai*, un pueblo vivo.

Este fue siempre el grito de guerra y el asombro de los judíos: *am Israel jai*, el pueblo de Israel es un pueblo con vitalidad. Vivo no por haber sobrevivido a las persecuciones, sino por generar una civilización experimentada con pertinencia e identidad. Este grito será todavía más impresionante si, en el siglo XXI, el judaísmo va a poder resistir al estilo de vida *sushi-Nasdaq*, a la

revolución silicón-silicio, a la interactividad sin fronteras, al universalismo, a la globalización, a la mezcla de los pueblos y al cóctel de culturas y mitos de este siglo XXI.

Si se sobrevive al nuevo concepto "de sí", que ya no está formado por una identidad "encontrada" en la familia o en el grupo, sino por identidades "hechas" que son construidas -y, frecuentemente, reconstruidas a partir de distintas fuentes culturales; si se resiste a la nueva moral que tampoco ha sido "encontrada" sino "hecha" por el diálogo y la elección; si se resiste a la volatilidad y a la permisividad que perciben a márgenes y fronteras -cualesquiera que sean - como construcciones sociales prontas a ser atravesadas, borradas o reconstruidas; si lo que emerge como judaísmo podrá ser celebrado *comojai* (vivo) y proyectado como continuidad de lo que nosotros hoy todavía llamamos judaísmo, entonces, estos serán tiempos mesiánicos.

Tiempos de salvación de la raíz "arcaica" *David MelejlDavid* Rey, redimida por *lo jai vekaiam*, ¡vive y existe en nuestro tiempo! Tiempos que perdurarán hasta que nuevas transformaciones desafíen nuevamente la forma y el contenido, despertando en algún Reb Bunem futuro la misma sensibilidad para la cual las cosas no serán más las mismas. Entonces, nuevamente, los tiempos mesiánicos, las nuevas eras y milenios, llegarán como dato real de la vida que evoluciona, se fortalece o se extingue.

Es verdad, hay rabinos sin Torá. No por ilegitimidad sino porque los mensajes de la Torá están codificados en otros espacios. La ética y los conceptos de trascendencia forman parte del patrimonio globalizado que, obviamente, incluye la Torá. A su vez, los jasídicos no son más jasídicos. En lugar de un movimiento popular y con elementos contestatarios, hoy buscan amalgamar las élites y son el brazo fuerte del *establishment* ortodoxo. Los ricos no tienen riqueza puesto que especulan en un mundo de valores virtuales. La irrealidad de esos valores que aparentan lo que no se tiene es directamente proporcional al vacío de valores internos de los individuos. Estamos atravesando veranos sin calor e inviernos sin frío debido al descuido del "cuerpo" más simbólico que representa nuestra Tierra. Hay granos que no son granos por acción de los transgénicos y de las experiencias genéticas de nuestro tiempo. Y también hay esperma que no es esperma y humanos que no son humanos.

Reb Bunem ubicó proféticamente los desafíos de nuestro tiempo: la universalidad (rabinos sin Torá/Torá sin judíos); el pragmatismo salvaje que hace del *jasid* (el devoto) un mercader; la globalización y su perversa concentración de la renta (ricos/no ricos); el medio ambiente degradado por los cambios climáticos y los cataclismos que ello acarrea; y la omnipotencia científica cuya conquista mayor es producir un grano que no es grano. Esta última conquista destituye al Creador, que es sustituido por nuestra propia imagen.

En esto consiste el envilecimiento ontológico del judaísmo: no solamente producir una

imagen sino que esta sea, además, nuestra imagen.

Tiempos difíciles... tiempos mesiánicos... tiempos de recomenzar o de fin de recorridos.

Tiempos que, una vez superados, volverán el cantar de *am Israel jai* (el pueblo judío vive) aun más significativo de lo que es hoy.

Judíos por judaísmo

She-lo Ejad bil-vad amad aleynu le-jalotenu...

"Puesto que no fue apenas uno que se levantó para destruirnos, sino que, a cada generación, se levantaron para destruirnos y el Eterno nos salva de sus manos" (*Hagadá*).

Por más de 3000 años esta frase condensa la experiencia de los judíos. Ella es la más pura verdad destilada de la experiencia y, al mismo tiempo, la patología y el desafío principales. "Patología" -en el sentido de anomalía, deriva de la palabra *pathos*, es decir, pasión o sufrimiento - - contiene en sí tanto la vitalidad como el desequilibrio; el heroísmo y el martirio pero, también, la inseguridad y la arrogancia.

Ser judío se transformó en un acto de resistencia -palabra que en un contexto de opresión significa pluralidad y libertad pero que, en condiciones de normalidad significa "obstinado", "pertinaz" e, incluso, "reaccionario".

El judaísmo, a su vez, es la historia del desarrollo de un sistema de pensamiento revolucionario. Su propuesta era un compromiso social basado en la ética derivada de la revelación de un Dios que tenía como plataforma mayor la idea de que la Historia no transcurre cíclicamente sino en espiral. El nombre-situación con que fue presentado a Moisés era "Seré lo que Seré", Aquel que concebía el futuro no como una determinación o un destino sino como la posibilidad de ser moldeado y perfeccionado, pudiendo, en teoría, alcanzar su culminación en tiempos de plenitud mesiánica. Su propuesta etimológica era la de un Israel en transformación, disputando con hombres y con Dios, entre ellos y consigo mismo, para forjarse, a fuego y frío, en un nuevo ser humano. Para ellos, el instrumento utilizado fue la prescripción de un régimen moral de preceptos. Mejor dicho, el instrumento fue el comentario y la interpretación de esas prescripciones morales como punto de partida para la creación del hombre y de la nueva orden del futuro. Se manifestaba de este modo la asociación entre el ser humano y Dios en una nueva Creación.

Pero más allá de las diferentes lecturas realizadas a través de los tiempos acerca del significado del judaísmo y de ser judío, la realidad es que, cualquiera que haya sido la definición, no siempre uno se identificaba o coincidía con el otro. Ese proceso exigió virajes, relecturas e

interpretaciones para aproximar el judaísmo al judío y, de manera recíproca, la tentativa (véanse los profetas) de modificar al judío para aproximarlo al judaísmo. Cada uno dentro de sus propios límites buscó suavizar esta tensión. La anécdota idish refleja esta cuestión a través del ángel que estaba en la puerta del Paraíso y ora preguntaba: "¿Judío... donde está su barba?" y ora: "¿Barba... donde está su judío?".

El judío sin barba era el judío sin el judaísmo, la barba sin el judío era el judaísmo sin el judío. En el siglo XX, esto significaba que el primero era fiel a las demandas del futuro asimilando las transformaciones del tiempo y adaptándolas, en tanto era infiel al compromiso con el pasado de preservar un lenguaje único. El segundo era fiel al compromiso con el pasado de preservar el lenguaje y las costumbres, e infiel con la historia futura, con su proceso y evolución.

El siglo XXI complica todavía más la situación porque modifica ambos estereotipos. Diríamos hoy que el judío que "olvida" el futuro al privilegiar el pasado es aquel que no tiene barba. Para él, el pasado es una historia constante de percibir la fuerza que promueve los cambios: "Seré lo que Seré". Este es el compromiso máximo. Lo que corresponde al futuro, esto le cabe a Dios. De este modo, seremos judíos aunque el judaísmo se acabe. Por otro lado, la barba sin el judío es esclava del futuro, de un futuro que tiene que acaecer. No importa si habrá judaísmo sin judío. Lo fundamental es preservar nuestra saga y cumplir nuestro pacto. Para la barba sin judío el proceso no importa, y su obsesión por el futuro lo lleva a olvidar a Dios, que es la fuerza que promueve cambios "Seré lo que Seré" en nombre de la fuerza del "Soy lo que Soy".

Y esta es la gran confusión que las últimas décadas trajeron con la polarización entre el asimilado y el fundamentalista. La cuestión se vuelve aun más compleja al hacer que ciertos grupos se sientan apenas como judíos sin judaísmo y que otros se consideren ligados al judaísmo sin ser judíos.

Los ejemplos más clásicos son los judíos socialistas en Europa oriental y los judíos ortodoxos. Los primeros vieron en los ideales políticos de su época la interpretación más fiel de la propuesta judía revolucionaria y profética, mientras que los judíos observantes se mostraron "resistentes" a varios procesos, inclusive al de la creación del Estado de Israel. Los judíos observantes de los preceptos del judaísmo se sentían, aparentemente, más "judíos" que preocupados por el contenido del judaísmo. Y los judíos no observantes de aquellos preceptos los estaban practicando intuitivamente.

En resumen, nuestro siglo nos coloca ante la inusitada situación de judíos que tienen necesidad de la barba para sobrevivir como judíos, y judíos sin barba que para sobrevivir, llevan adelante ideales de transformación y *tikun* (de reparación del mundo). Por más que esta representación parezca caricaturesca y genérica, ella nos muestra la dificultad que reviste

actualmente la lucha milenaria para acercar al judío y al judaísmo. La barba volvió para el judío, pero con una duda perturbadora: ¿será que esto es judaísmo? Y el judaísmo volvió para el sin barba, ¿pero será que eso es un judío?

Un judío "visualmente" perfecto es la atracción que ejerce la ortodoxia, principalmente para aquellos que no son ortodoxos. Pero la incoherencia de apostar y creer en una opción que no sirve a sí misma, demuestra la falta de adecuación de este "judío perfecto" a las propias expectativas de los judíos.

Los desafíos son muchos y profundos. Frases de efecto categórico y referencias incontestables del judaísmo del siglo pasado, tales como "nosotros somos las 'víctimas' y ellos los 'verdugos'", parecen ser más la prueba de una vocación del judío que su destino. Esa transformación coloca en jaque gran parte de nuestra percepción colectiva.

Desde el momento en que David hirió mortalmente a Goliat -cuando el individuo más débil se impuso al más fuerte como símbolo de la nación más débil imponiéndose a la más fuerte, construimos una experiencia histórica judía que, muchas veces, fue confundida con la noción ética de los salmos. La visión de mundo atribuida al propio David a través de los salmos habla de un Dios que ama a los justos y que protege al extranjero, a la viuda y al huérfano. Un Dios que está del lado de los débiles era una novedad para un mundo donde ser fuerte era prueba irrefutable de estar del lado de Dios.

Entretanto hay una gran diferencia entre la experiencia histórica de David y su teología. La experiencia histórica fue capaz de otorgarle supremacía al "otro". Si el más débil se impone al más fuerte, el fuerte se hace débil y es él quien simboliza "al extranjero, a la viuda y al huérfano". Creo que somos hoy "víctimas" de esta inversión de superioridades y nos hemos convertido en "verdugos".

¿Como ser judío sin pasar por esta matriz de "superioridad invertida"? ¿Cómo reconocer que la visión del privilegio del oprimido es ética, sin buscar generar para sí una auto-imagen flagelada que nos permita usufructuar este privilegio? ¿Cómo reunificar la experiencia histórica y los principios fundamentales de la búsqueda judía? ¿Cómo ser un judío sin barba y sentirse como teniéndola y cómo tener barba sin que para esto se abandonen aspectos fundantes del judaísmo que son, a mi modo de ver, cuestiones impostergables.

Tal vez, una forma de soñar con el futuro esté presente en la plegaria con la que se cierran nuestras oraciones, *Aleynu*. En ella se dice "en este día habrá apenas un único Dios y su nombre será Uno". En un lenguaje más coloquial, diríamos: "En este día (también) judío y judaísmo serán una única cosa" distante de la incompatibilidad de nuestros días.